

El niño volvió á desvelarse, y tentando un esfuerzo logró sobreponerse á la extraña modorra, que le quitaba, casi, los sentidos.

\* \* \*

La mascarada del Corso agonizaba; la muchedumbre iba desapareciendo; los balcones se despoblaban; en las calles, debajo de ciertas ventanas, veíanse montañas de confites semejando montones de nieve sucia; y restos de dulces, flores, mariposillas de talco y ramilletes destrozados cubrían el suelo como señales de una lucha insensata y pueril.

La niebla comenzaba á descender, en impalpables velos blancuzcos, como si en el cielo hubiese estallado un gran incendio y el viento arrastrara sus vapores.

La gritería de las máscaras se debilitaba al compás de las notas agudas y trémulas de trompetas y silbatos, que sonaban como ahogados por manos invisibles.

La patrulla de guardias civiles, recorría las calles, negra y compacta, como si hubiese apaciguado un tumulto popular.

Los carruajes de máscaras se alejaban, mostrando los premios concedidos por el jurado; y los romanos que no habían obtenido ninguno, se quitaban los disfraces en la calle misma, y echaban en los carros yelmos, dagas y túnicas de *púrpura*.

—¡Dadme el niño! ¡Dádmelo!—exclamó de pronto la voz ronca de la madre, tendiendo las manos, ansiosa y convulsa, hacia la pequeña forma, que se agarraba al palo con fuerza desesperada.

Y lo tomó en brazos, estrechóle contra su pecho, le cubrió como mejor pudo con el delantal y el pañalón, tocó sus carnes heladas, y contempló su rostro congestionado, loca de angustia y de terror.

—¿Tienes mucho frío? ¿Has tosido mucho?

Pero el amorcillo no respondía, y su cabeza blonda se balanceaba sobre el hombro de la madre; mientras las alas de plata, casi desprendidas, chocaban con ruido insistente.

Entonces ella echó á correr con extraordinaria ligereza, llevada de siniestros presentimientos.

No lo traería á casa, no. Allí le habían asesinado. Allí, junto al hogar muerto, el padre brutal había vendido aquella hermosa faz de querubín, por diez miserables pesetas.

Le llevaba como una pluma, estrechándole con sólo un brazo, en tanto que el otro ahogaba en la garganta amargos sollozos.

— No se detuvo hasta la puerta del hospital, bajo el atrio silencioso y